Semana Santa

"Quédate con nosotros, quédate en casa"

Los discípulos de Emaús fueron testigos de la Resurrección. Sintieron su corazón arder al compartir el pan con el que los acompañaba en el camino. Hoy más que nunca tenemos que sentir arder nuestro corazón, porque vivimos la certeza de que Él nos acompaña en nuestro hogar, consolándonos en la tarea de cuidarnos unos a otros. Desde cada una de nuestras familias y nuestra *comunidad de St Dominic*, le pedimos al Señor que se quede con nosotros, que se quede en casa y que nos dé un corazón compasivo con los que sufren.

La Semana Santa nos invita al recogimiento interior. Las condiciones actuales del mundo nos piden quedarnos en casa, hacer un alto por el bien de todos. Para nosotros, creyentes, este tiempo no es de actitud pasiva, sino de un corazón dispuesto a volver a Dios en el deseo de contemplar el amor de Dios, de sentir el dolor de ver a Jesús crucificado y la esperanza de ver a Cristo que vuelve a la vida y al júbilo de la Resurrección.

Celebrar la Pascua de Resurrección, más que nunca en estos tiempos de encierro y sacrificio por uno mismo y los demás, es actualizar el acontecimiento fundante de nuestra fe. No se trata de un recuerdo lejano o un rito insignificante; y mucho menos se trata de una costumbre. Es memoria que renueva y da vida. Es presente y futuro; amor y misericordia; símbolo y profecía.

Vivir la Pascua es zambullirnos en un torrente que nos arrastra tras las huellas del Señor. Vamos a recorrer todo un camino donde la vida se derrama y se derrocha por los demás. Vamos a celebrar desde casa en esta situación especial que ha de ayudarnos a poner toda nuestra confianza en el que nos trae la salvación.

Jesús, el Ungido, recorre un itinerario en el que no hay vuelta atrás. Una vida por los demás, por muchos, ¡por todos! Un mensaje cautivador, gestos transgresores, una acogida universal. Nadie queda fuera del proyecto de Dios. Nadie resulta extraño para su plan de salvación.

¿Y nosotros? ¿Podemos celebrar la Pascua sin emoción ni estremecimiento? ¿Nos habremos acostumbrado? Estamos convocados a seguir los pasos del Señor e invitados a abrir los ojos a los necesitados, a estar al lado de nuestros prójimos, de los que sufren la pandemia y a subir a Jerusalén con ellos y por ellos. Jesús no esquivó la cruz, sino que la misma cruz es el manantial de donde nace vida y más vida.

Cada día, al disponernos a acompañar la Pasión, Muerte y Resurrección de nuestro Señor, es de mucha ayuda entrar a nuestro corazón y disponer el momento de reflexión que vamos a vivir, esta guía nos puede facilitar nuestro encuentro con Jesús.

Preparemos el espacio y el corazón

Si ayuda, podemos colocar una vela, el Evangelio y algún objeto, foto, imagen que sea significativa. Nos disponemos a hacer oración, es decir: tener la intención de estar bien presente en este "presente", con memoria y renovando la esperanza. La oración nos ayuda a ensanchar el corazón. Encendemos la vela y hacemos la señal de la Cruz, para expresar que nos reunimos en Su Nombre. "En el Nombre del Padre…"

Primer paso: Contemplamos nuestra vida

Estos días de cuarentena tan recientes… provocan en nosotros una multitud de emociones, reflexiones, reacciones, sentimientos, pensamientos…
Los invitamos a hacer memoria de estos días y… nos preguntamos:

- ✞ ¿Qué me ha conmovido en este día?
- ✞ ¿Qué me ha provocado "llanto"…?

Podemos hacer un rato de silencio… hacer memoria…

Este primer paso se sugiere hacerlo el tiempo que sea necesario para lanzar paz y tranquilidad, para calmar el cuerpo, el interior de nuestro ser y lograr la conciencia de que nuestra fe en Jesús siempre nos va a impulsar a ver la vida de otro modo, a vivir siempre de cara a la realidad, con esperanza.

Domingo de Ramos

Con la celebración de la entrada de Jesús en Jerusalén, la Iglesia inicia la contemplación de los misterios centrales de nuestra fe: Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo. La entrada de Jesús en Jerusalén como Mesías-siervo; la despedida de sus íntimos en la Última Cena regalándonos la Eucaristía; su Muerte como un maldito y la sorpresa insólita del Padre: *la Resurrección de su Hijo*.

Conviene acercarnos de nuevo a estos misterios desde el corazón amante de Dios nuestro Padre, quien, sufriendo quizá más que Jesús, nos lo entrega porque no había otro camino de liberación digna de Dios y del hombre. Acompañamos con alegría a Jesús, dejándonos salvar por un amor que nos sobrepasa justificándonos y liberándonos.

Primer paso: Contemplamos nuestra vida

Aumenta, oh Dios, la fe de los que esperan en ti y escucha las plegarias de los que te invocan, para que, al levantar hoy los ramos en honor de Cristo vencedor, seamos portadores, apoyados en Él, del fruto de las buenas obras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Segundo paso: Escuchamos su Palabra

Escuchamos la Palabra de Dios en la Eucaristía desde el internet
Reflexiona las lecturas que la Iglesia nos propone para el Domingo de Ramos:

- ✞ Evangelio según san MATEO 21,1-11 (Bendición de los Ramos)
- ✞ Lectura del profeta ISAÍAS 50,4-7
- ✞ Salmo 21
- ✞ San Pablo a los FILIPENSES 2,6-11
- ✞ Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san MATEO 26,14-27,66

Tercer paso: Comunión... nos dejamos abrazar por el

Dios del Amor. Jesús, nuestro Rey Salvador está con los suyos, nos trae la salvación y las actitudes de los hombres se vuelven a repetir: unos, quienes lo aceptan, lo aclaman con cantos y ramos y otros simplemente no lo reciben. En su tiempo no sabían lo que Jesús iba a pasar, nosotros sí lo sabemos: va a entregar su vida por nosotros.

La Pasión que, en este tiempo de estar en casa hemos meditado, es para contemplar y recuperar la memoria, de donde nos viene la salvación. Contemplar, como Jesús, que desde la aceptación silenciosa de su suerte de pobre desahuciado, contempla la donación de su vida, que Él no defiende, ni justifica, ni se queja, porque esa es su verdad.

Tantas pasiones en nuestro mundo producidas por las guerras, los egoísmos de los poderosos, nuestra falta de compartir o de asegurarnos nuestra imagen a cambio del sufrimiento de otros, (emigrantes y refugiados siempre en camino; niños utilizados como escudos de desamor; compañeros de trabajo pisoteados; desempleados…). Y hoy más que nunca de enfermedades que nos ponen de cara a nuestra fragilidad.

Las pasiones, los sufrimientos de nuestros hermanos, vecinos, conocidos o no, nos llevan a gritar a Dios, pero no todos lo hacemos de la misma forma: cuando contemplamos el sufrimiento desde lejos, le exigimos y preguntamos a Dios ¿por qué permites esto?, como si fuera alguien insensible; cuando el sufrimiento lo padecemos en nuestra carne, el acento es otro: ¿Dios mío por qué te ocultas? ¿Dónde estás? ¿No ves mi dolor y mi pena? Si Dios nos abandonara sería insensible y hasta cruel, pero como a Jesús, no nos abandona en su silencio.

Cristo sufre la muerte en cruz y el Padre sufre la muerte del Hijo, es la Pasión del Padre. Si Dios está sufriendo en la cruz de Cristo trae la comunión del Padre para quienes se sienten humillados y maltratados, para los crucificados de nuestro tiempo. Por eso mismo a Dios le duele el hambre de los pobres y las desgracias de cualquier hombre. Este Dios crucificado entre nosotros es nuestra esperanza, no sabemos por qué lo permite, pero es así y sí que sabemos que es una cruz que termina en esperanza, en Resurrección.

La contemplación de la Pasión de Jesús en el Domingo de Ramos permite contemplar, en medio del sufrimiento y el sinsentido de las fuerzas del mal, la fuerza de un Amor que es más fuerte que la muerte (Cantar de los Cantares 8). El amor que descubrimos en Jesucristo crucificado es un amor entregado, no dulce ni espontáneo. Fundamentado en su amor por Dios su Padre, encontramos también en el Crucificado un amor como referente de autoridad. Hay una autoridad que se impone por la fuerza y genera división y muerte entre los seres humanos. Hay una autoridad de amor entregado que da vida.